

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J Horta, impresor. Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 306

25 Cts.



EL
GIGOLO

POR
ROD LA ROQUE,
LOUISE DRESSER,
ETC.

FilmoTeca
de Catalunya

Howard, William K.



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 306

EL "GIGOLO"

(Gigolo, 1926)

Interesante película, interpretada por el simpático
artista

RÓD LA ROCQUE

secundado por

Luisa Dresser y Jobina Ralsón

Selecciones Pro-Dis-Co

(Producers Distributing Corporation)

Exclusiva de

JULIO-CÉSAR, S. A.

Calle Aragón, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
KEN MAYNARD

VEURE "CAMERA" n.º 70 - P. 41



EL "GIGOLO"

Argumento de la película

En la democrática América, cada pequeña población tiene su familia real, es decir, una familia de la cual se ocupa todo el mundo y cuyos menores acontecimientos son siempre escrupulosamente registrados por la prensa local. En la ciudad de Pleasanton esta familia era la de los Gory.

Una mañana llegaban a la industriosa población de Pleasanton donde poseían fábricas y propiedades, los Gory, y se instalaban en su casa solariega. Y los periódicos de la localidad anunciaban largamente la noticia.

La señora Julia Gory, viuda en primeras nupcias, se había casado un año antes con el doctor Gerardo Blagdon, un caballero locamente enamorado de... la fortuna de su mujer.

De su primer matrimonio tenía Julia a su hijo Gid, un muchacho que se había educado casi siempre fuera de casa.

Poco después de su boda, habían efectuado los

Gory y Gid un largo viaje por Europa del que regresaban ahora con ánimo de permanecer en lo sucesivo en la población de Pleasanton.

El día de su llegada a la ciudad, en la estación, mientras la señora Gory y su marido se dirigían a casa, Gid quedó encargado de que se transportase el equipaje.

El muchacho sentía hacia su padrastro una hostilidad imposible de contener. En estos últimos días se había exacerbado su odio.

Gid entregó los mundos y maletas al tío Hubbel, el encargado de su transporte, que llevaba cuarenta años ejerciendo aquel oficio en la misma estación y a satisfacción de todo el vecindario.

Mientras le ayudaba a transportar los bultos llegó María, la hija del tío Hubbel, la muchacha más encantadora entre las bellas del lugar.

Gid corrió hacia ella y Hubbel sonrió ante la impaciencia de Gid. Conocía la simpatía especial que se profesaban los dos jóvenes...

—María — dijo Gid—, ahora sí que nos veremos frecuentemente: permaneceremos aquí para siempre.

—Usted ha estado poco tiempo en este pueblo y sé que no le gusta — respondió ella.

—No me gustaría si usted no estuviese en él. Pero en mis continuos viajes no me he olvidado nunca de usted y ahora vengo decidido a quedarme. Ya hablaremos luego; tengo que decirle algunos secretos...

Y sonriente se alejó de ella subiendo al carro de Hubbel para dirigirse con los equipajes hacia su hogar.

Gid sentía por María una simpatía profunda. Todos los años, pasaba el joven una temporada en Pleasanton y en el aburrimiento constante de aque-

lla población su amistad con María había sido la nota intensa, vibrante, de sus recuerdos.

Ahora que volvían definitivamente a la ciudad para instalarse en ella, se proponía decir a la muchacha el secreto de su corazón. La amaba y estaba dispuesto a casarse.

Aunque María era de origen humilde, poseía una buena educación y no haría mal papel al lado de un joven como Gid.

Mientras Gid se dirigía en el carro del viejo Hubbel hacia su casa, esperaban en ésta el doctor Blagdon y su esposa.

En su fuero interno el marido protestaba contra la vuelta a la aburrida ciudad. El prefería vivir en Francia, en París, en las grandes ciudades alegres y cosmopolitas. Y le caía encima esta población gris y fabril.

—Desde que he llegado me encuentro mal... — dijo.

—Esto pasará — le respondió ella cariñosa—. Es el natural cansancio del viaje.

—Ojalá... pero creo que hemos hecho una tontería en volver aquí.

—Tenía yo abandonados los intereses de la fábrica y era menester ocuparme de ellos.

La conversación fué interrumpida por la llegada de Gid que trajo los equipajes.

El doctor y Gid se miraron hostilmente, como de costumbre. La madre quiso sonreír por igual a los dos: era la espina que tenía clavada en el corazón que uno y otro no hubieran podido ponerse nunca de acuerdo.

Ni se pondrían, ciertamente. Gerardo odiaba a su hijastro viendo en él al heredero de la cuantiosa fortuna de su madre, al legítimo sucesor de las pro-

iedades familiares. Gid sentía hacia el médico una repugnancia instintiva, sospechando que éste se había casado únicamente por el interés.

Al día siguiente Gid visitó los talleres de su padre, magníficos y grandes edificios fundados por la fe y el entusiasmo de un Gory.

El muchacho pensaba ponerse al frente de los mismos, y dijo al encargado de la fábrica:

—José, ¿cree usted que en un par de días podré estar al corriente de todo?

—Si usted no lo hace será el primer Gory que no sirve para el oficio — contestó sonriente el empleado.

Y aquella misma tarde Gid comenzó sus trabajos de dirección y no desdenó ocuparse personalmente del funcionamiento de algunas máquinas. Quería saberlo todo, darse cuenta de todo.

En lo sucesivo tendría que vivir allí y era menester que la fábrica prosperase.

Durante algunos días el trabajo ocupó constantemente la atención de Gid, y en las horas libres de descanso otra clase de obligaciones le embargó: hablar con María, decirle sus ansias de lucha y de... esperanza.

Y mientras él pensaba en la vida hermosa del trabajo, en su casa existía un drama oculto y terrible.

Gerardo imponía a su mujer una autoridad de señor absoluto. Hombre enérgico y brutal, pensaba en el dinero de su mujer y quería apoderarse de él.

—Si vendieras los talleres y la fundición podríamos vivir tranquilamente en París — le dijo un día.

—Eso sería una gran pena para Gid — respondió entristecida la madre—, porque cree que su deber es continuar la obra de su padre.

—Pues yo quiero que nos marchemos a Francia...

y no me he de sacrificar a los caprichos de tu hijo.

Le dió una mirada violenta, dura, de dominador... La esposa bajó los ojos, atemorizada por la actitud de su esposo. Ah, ¿se vería finalmente obligada a ceder a sus caprichos?

Julia, mujer débil, infeliz, había perdido su voluntad desde el día en que se casara con el doctor. No tenía energía suficiente para protestar contra los abusos de él, que exigía constantemente dinero a su esposa y lo derrochaba con la facilidad del que no conoce su valor.

En días sucesivos Gerardo insistió para que abandonasen cuanto antes Pleasanton. El ambiente de la ciudad no les iba bien.

—Yo me encuentro enfermo hace días y tú en el poco tiempo que llevas aquí has envejecido por lo menos diez años — le dijo—. Quiero que vendas esto y vayamos a vivir de las rentas en París... La gente rica como nosotros no debe encerrarse en esta especie de cárcel.

—Pero Gerardo, no hables así — decía la esposa, desconsolada—. ¿Cárcel esta tierra que es la de mi hijo, la mía, la de todos mis recuerdos? Déjame permanecer en ella unos años, unos meses tan sólo, y luego volveremos a Europa.

—He dicho que no y debes obedecerme. Quiero, exijo, que nos marchemos cuanto antes. ¿Comprendes? ¡Lo quiero!

Y la amenazó brutalmente levantando el puño mientras la pobre mujer retrocedía asustada.

—¿Entiendes? — siguió diciendo él—. Vamos a marchar a Europa.

—No lo siento por mí, sino por mi hijo... — contestó ella, cediendo resignada—. ¡Cuando él se entere de que tendrá que dejar su fábrica en la que

cifra todos sus amores! Pero... aquí lo tenemos... No le digas nada... Ya le hablaré yo...

Entraba, alegre y contento de vivir, Gid Gory. Llevaba en la mano una caja de bombones para mamá.

Besó aturdido a su madre y apenas saludó a su padrastro en quien veía un enemigo.

Gid estaba satisfecho. Quería casarse pronto con María, formar un nuevo hogar, establecerse definitivamente en aquella población.

—Mamá — le dijo alegremente, enseñándole la cajita—, no tendrás estos bombones hasta que digas que María Hubbel es la más linda mujercita de todo el mundo.

—Es muy linda, sí — respondió Julia—, pero, ¿que harás de María cuando regresemos todos a París? — le dijo tímidamente cogiendo un bombón.

—¿París? — respondió el joven, sorprendido—. No quiero ir allí de ningún modo; mi sitio está aquí. Tú bromeas, madre.

—Te lo digo en serio. Venderemos la fábrica. Nos vamos a París porque le conviene a la salud de Blagdon.

El médico asintió.

—¿Vender la fábrica? Pero, ¿lo has pensado bien, madre? Echas al suelo mi porvenir, mi vida entera...

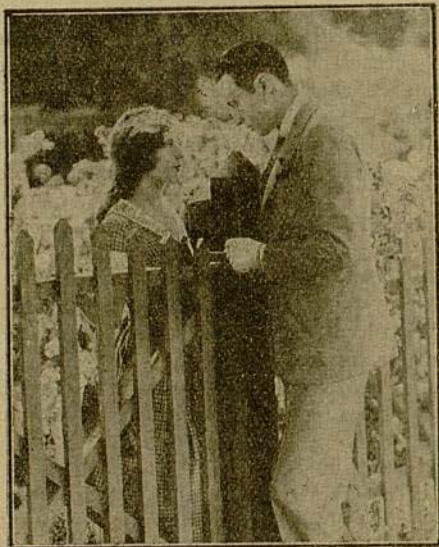
—Nada perdemos con la venta — dijo ella resignada, temblorosa, porque comprendía la razón de las quejas de su hijo—; nos darán dinero por ella y tal vez podamos establecer otro negocio en París. Además, Gerardo necesita aire de Europa para curarse.

Con mirada despectiva el joven respondió:

—Lo que le van a curar son las juergas en París.

—¡Gid! — gritó, sulfurado, el médico. Y sintió deseos de caer sobre su hijastro y pegarle.

—No digas esto — dijo la madre, desolada—. Esta población no es higiénica y la salud está por encima de todo.



—*Mario, no me atrevo a decirle lo que sucede...*

—¡La salud! ¡No hay nada malo en esta ciudad! Mi padre la quería y yo creo que es muy buena y conveniente para todos. Vaya, no iremos; mi resolución es decisiva.

—Usted siempre muy complaciente para su madre, ¿no es cierto? — dijo Gerardo—. Ya prescindo de mí, por quien usted no siente la menor consideración, pero veo que también su madre está enferma y usted no quiere ceder...

Gid miró entonces a su madre.

—¿Es verdad esto, mamá?... ¿Tú quieres marcharte?

—Sí, hijo mío, quiero marcharme, aunque esto te contrarie — respondió la pobre mujer.

—Si es por tu bien, mamá, si no hay otro remedio, vayamos entonces a París.

Y abandonó desolado la casa mientras en el rostro del médico se iniciaba una sonrisa de triunfo, y Julia pensaba en el horror de su vida dominada por la autoridad despótica de su marido.

La marcha fué cuestión de pocos días. Gid comunicó a María la decisión.

—María, no me atrevo a decirle lo que sucede... tengo que marchar otra vez a París.

La muchacha lloró...

—¿Y decía usted que se quedaría para siempre?...

—Volveré, María, se lo aseguro... Me voy ahora con mi madre por no disgustarla, pero volveré y entonces nada podrá separarnos...

—¡Acuérdese de mí! — sollozó la ingenua.

Unos días después, a pesar de las enérgicas protestas del joven, su madre traspasó la fábrica, vendió las propiedades... Y ya con la importante suma percibida por las ventas, Gerardo, su mujer y Gid partieron hacia la capital de Francia.



Era el año 1915 cuando llegaron a París. Francia vivía en plena guerra. Gerardo, su mujer y Gid ocuparon varias habitaciones del Hotel Grillon.

Los primeros días fueron de sorpresa, de melancolía. El joven no podía acostumbrarse a la penosa idea de haber abandonado su tierra americana. Paseaba aburrido por la gran metrópoli, pálida por la emoción de la lucha.

Y como suponía Gid, su padrastro se dedicó a dilapidar la fortuna de su madre en orgías y combinaciones misteriosas.

Gid apenas paraba en el hotel, disgustado por la conducta de Gerardo. Su madre se mostraba fría y reservada con él y cuando Gid le preguntaba si era feliz con su marido ella contestaba afirmativamente, de modo nervioso, atropellado, como si quisiera convencerse a sí misma de la verdad.

Gid apenas se trataba con su padrastro. Este estaba casi siempre ausente del hotel, en otros restaurantes y centros de vicio donde alegremente derrochaba el dinero de su mujer.

—Creo que este hombre te llevará a la ruina... — le dijo un día Gid a su madre—. Gasta demasiado. Te obligó a vender la fábrica y te dejará en la miseria...

—No quiero que hables así — protestó la mujer—. El no es malo, y necesita mucho dinero para vivir... ¡Tú no lo sabes!

—Te arruinará... estoy seguro...

Pero como sus palabras cayesen en saco roto y se

sintiera violento entre la frialdad de su familia, el joven Gid tomó una resolución heroica.

El ambiente de la guerra le llenaba de ansias bélicas magníficas; sentía el deseo de todo hombre joven de poder lanzarse al heroísmo. Sí, sí; abandonaría a los suyos, se alistaría como voluntario entre las bravas huestes que defendían la independencia francesa.

Por un momento le asaltó otra duda. ¿Por qué no volver a América donde estaba María?... Pero temió tener que explicar lo que ocurría en casa, la separación de los suyos... y tuvo reparo en ello. Mejor era ir a la guerra y luchar como un valiente.

Y a pesar de las grandes protestas maternas, vistió el uniforme del ejército francés, con gran contento de su padrastro que de este modo se libraba de la sombra inoportuna de Gid.

Una tarde Gid se dirigió a las habitaciones que en el hotel ocupaban su madre y el doctor para despedirse de la primera.

Entró en ellas y le hirió la más viva sorpresa al ver a Gerardo tomando el te en compañía de otra mujer.

El doctor levantóse turbado y quiso balbucir una excusa:

—Una de mis pacientes, la señorita Renée.

Gid hizo una mueca de asco. ¡Lo que él sospechaba! ¡Su padrastro engañando a la madre y ésta sumida en una inconsciencia loca!

—¿Dónde está mi madre? — preguntó.

—En Maxim's — respondió él riendo.

—¿Es posible?

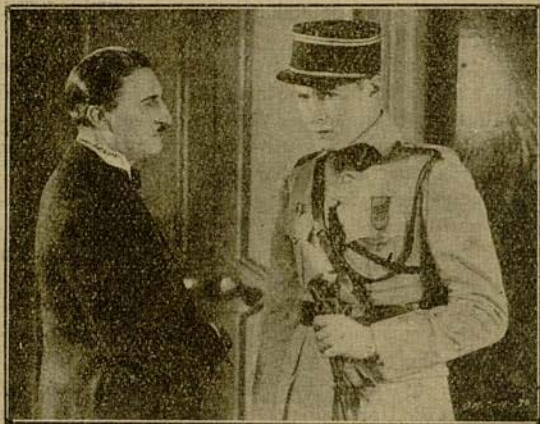
—Está contra mi voluntad...

—Voy a buscarla. Y antes de que ella vuelva haga usted el favor de que se vaya esa mujer...

Y señaló a la compañera de Gerardo que reía con vulgares carcajadas.

—Será usted atendido — dijo él riendo.

Gid, enfurecido, marchó a Maxim's. Realmente su madre estaba loca. Víctima de su marido le entregaba



—¿Dónde está mi madre?

su capital, dejándole en completa libertad, mientras ella se divertía también en París. ¡Oh, qué deseos tenía Gid de encontrarse en plena guerra!

Al llegar a Maxim's Gid buscó a su madre y al verla entre las parejas que danzaban corrió enfurecido hacia ella.

Julia bailaba con un arrogante muchacho. Era éste un *gigolo*, un joven elegante y acicalado, con el pelo liso y engomado... un parásito de los cafés de moda

que vivía de los favores y dádivas de las mujeres...

El *gigolo* es en los grandes cabarets el bailarín guapo y gallardo que está dispuesto siempre a bailar con las damas que no han encontrado a nadie que las invite a danzar y no se resignan a permanecer en sus puestos. Este favor lo pagan ellas mediante buenos billetes de Banco que con todo disimulo les entregan generosamente.

Julia que, aburrida en su casa, había ido a Maxim's, bailaba muy a gusto con su pareja comprada.

Gid al ver a su madre le dijo:

—¿Quieres seguir bailando conmigo, madre?

—Sí, hijo mío...

Y sin que el muchacho lo notara ella puso en las manos del *gigolo*, al despedirse, un billete como premio a su compañía.

Madre e hijo comenzaron a danzar.

—Me disgusta lo que haces, mamá, te lo aseguro... no está ni medio bien que una dama permanezca aquí en un "cabaret".

—Ya sé, Gid, hijo mío; pero Gerardo está siempre ocupadísimo y yo me encuentro muy sola. Creo que no estoy todavía en edad de quedarme en casa, sino de divertirme...

—Aquí no debes venir a ninguna edad... Yo vengo a despedirme; mañana marchó al frente...

La dama se entristeció.

—¡Hijo mío... no te perdono que vayas voluntario a la guerra!... ¡Qué pena tan honda si te ocurriese algo!

—Nada me pasará... Pero en París, me aburro, no sé qué hacer... y quiero servir para algo...

—¡Oh, mi hijito! ¡Yo tengo la culpa por haberte sacado de allí! Pero ya lo sabes bien: a Gerardo no le probaba América...

Tentado estuvo el joven de confesar que Gerardo estaba en aquel instante en íntima conversación con otra mujer, pero prefirió no enmarañar las cosas.

—Sí... naturalmente — dijo.

Había terminado el baile...

—Ten este amuleto — le dijo ella dándole una pequeña medalla—; es para ti, Gid; úsalo, llévalo siempre y te dará buena suerte en la guerra.

—Lo llevaré sobre mi pecho — respondió él severamente.

—Cuando vuelvas de la guerra, regresaremos a América para ver a María... Entonces Gerardo estará ya bien...

—Sí... sí...

Salieron del cabaret. Gid, desolado, deseaba que- darse libre de su madre, mujer sin voluntad, esclavizada por la tiranía poderosa de su marido; de su padrastro, al que consideraba un rufián.

¡Qué vida tan amarga! ¡Cómo deseaba huir!...

Y al día siguiente partía hacia los campos de batalla...

Pasó algún tiempo. Gid escribía de vez en cuando a su madre. Se encontraba bien, las balas le habían respetado hasta entonces.

Y la ausencia de su hijo había llevado al corazón de la madre un gran amor por él. Le escribía largas y consoladoras cartas, pero sin aludir para nada a su situación con Gerardo.

El matrimonio no podía comportarse peor. En los breves meses de ausencia del hijo, una frialdad, que acababa en hostilidad profunda, separaba a los esposos.

Julia se dió cuenta, aunque demasiado tarde, de que se hallaba abandonada. Su marido no estaba nunca con ella y la esposa se sentía profundamente dolorida, sin otro consuelo que el de escribir largas cartas a su hijo. ¿Por qué le dejó partir? ¿Por qué no se opuso con toda la fuerza de su alma a su marcha?

Una tarde, después de algunos días de ausencia de Gerardo, entregado a sus vicios y a la compañía de las mujeres que desfilaban continuamente por sus brazos, el marido se presentó ante Julia, con el rostro preocupado y altivo.

No existía una completa ruptura entre los dos, pero una separación espiritual les alejaba cada vez más uno del otro.

—Lee — le dijo él, sin darle otra explicación.

Julia pasó los ojos por estas líneas:

Señor Blagdon:

Es necesario que pague en seguida la cuenta del hotel, o deje las habitaciones inmediatamente.

Ella le miró extrañada.

—Pero... ¿no está pagado el hotel?

—¿De dónde quieres que saque el dinero? — dijo él, brutalmente.

—Yo te dejé vender todo: los talleres, la fundición, la casa, todo lo que tenía, y ahora me dices que no tenemos dinero. Es muy extraño.

El, cínicamente, se echó a reír.

—Se gasta mucho en París, Julia. Todo cuesta un ojo de la cara... Y es preciso pagar si no quieres que nos expulsen del hotel. Dame este anillo...

Y señaló una hermosa sortija de brillantes que llevaba Julia en su mano izquierda.

—¡Oh, desprenderme de él... es la última joya que me queda!...

—¡Dámela!

Ella se la quitó temblando y se la entregó.

En aquel momento escuchóse un extraño ruido en la habitación, como si se hubiese desprendido un objeto.

—¡Ay! — gritó ella.

—¿Qué tienes? — protestó el marido.

—A mi pobre Gid, le debe haber ocurrido algo.

—No seas loca, es un cuadro que acaba de caer de la pared.

Y le señaló una acuarela en el suelo.

Después, saludando con una fina sonrisa, se alejó, dejando a la infeliz mujer llena de dolorosas preocupaciones.

En su amargura, Julia comprendió toda la verdad de su existencia. Estaba completamente abandonada. Se había casado con un aventurero, un hombre sin conciencia, a quien ella, de modo estúpido, había ido entregando toda su fortuna para que la dilapidase sin medida.

¡Loca... loca! Se acusaba de haberle robado el dinero a su hijo... Y ¿para qué?... ¡Gerardo no sólo no se lo agradecía, sino que la tenía en la más absoluta soledad! Y se acusó de haber sido mala madre, voluntad sin guía, dominada por la tiranía insufrible de su marido.

Pasó algún tiempo... Las horas fueron cayendo una a una en el abismo de la nada. Y todas se llevaron un nuevo jirón, una esperanza postrera, una ilusión tenue y vaga...

Todo lo que la fortuna nos concede a veces, desaparece en poco tiempo... Sin salud, sin dinero, abandonada de todos se encontraba ahora Julia Gory.

Gerardo, aventurero de los más viles, la había

dejado definitivamente, yéndose a vivir a otra parte de París, gozando del producto de todo el dinero robado.

Sin mediar casi explicaciones, Gerardo se había separado de su mujer. Y ésta, incapaz de poder pagar el elevado coste de la habitación del hotel, tuvo que resignarse a ir a habitar una buhardilla en un extremo de París, soportando los trágicos mordiscos de la miseria.

Era demasiado orgullosa para comunicar a su hijo su tremendo fracaso. Quería morir pero que Gid no se enterara de su trágica situación. Dejó de escribirle y de conocer noticias suyas.

Y allá en el campo de batalla, Gid, luchando como un héroe, había sido gravemente herido el mismo día en que cayera el cuadro de la habitación de Julia en el hotel. Llevó mucho tiempo entre la vida y la muerte en una iglesia convertida en hospital de sangre. Por fin, lentamente, pudo volver a la salud, aunque su rostro quedó totalmente transformado.

Un continuo temblor nervioso agitaba una parte de su mejilla y su ojo derecho... Había envejecido mucho... los cabellos blanqueaban y todo en él denotaba un hondo sufrimiento...

En la tristeza de su soledad pensaba en su madre, de la que no tenía noticias... ¿Qué había sido de ella? ¿Dónde estaba? ¿Por qué no respondía a sus insistentes cartas?

Pasaba melancólico los largos días de convalecencia. Intinó con otro soldado herido y pronto los dos fueron inseparables compañeros.

—Todo lo que necesito es vivir hasta ver a mi madre -- decía Gid, torturado por una idea constante.

Quería hablarla, conocer noticias suyas, saber qué había sido de ella.

Hasta que un día en el hospital de sangre una gran noticia conmovió el corazón de todos los hombres. ¡Acababa de firmarse el armisticio!

Una intensa emoción invadió el alma de los heridos. Los menos graves saltaron de la cama, otros tiraron al aire sus muletas, celebrando el advenimiento de la paz.

—¿Se enteran ustedes? ¡La guerra ha terminado! —clamaban aquellos valientes.

Y la seguridad de que no tendrían que volver al campo de batalla les causaba una inmensa alegría. ¡Vivir, vivir, suprema dicha!...

—¡Me hubiera gustado más que la guerra hubiese terminado en sábado! — dijo un chusco—. ¡Hoy no tengo ni un céntimo!

Gid se había alegrado también, pensando que podría volver cuanto antes a París y saber cosas de su madre. Aunque volvería envejecido, desconocido casi...

Y entretanto, en su buhardilla, presa de la mayor miseria, la señora Gory había mandado buscar a su marido.

Este se presentó elegantemente vestido, con el aspecto feliz del hombre sin ninguna preocupación.

—¿Por qué me has llamado? — dijo—. Ya sabes que quiero vivir libremente...

Ella, que había envejecido mucho, le contempló con horror.

—¡Gerardo, compadécete de mí! — le dijo—. ¿Por qué me tienes abandonada? A lo menos si no quieres vivir conmigo, si te has cansado de mí, ayúdame, no me dejes en la mayor de las miserias...

—Acabemos — respondió él con una audacia infi-

nita—. Siento decirte que yo carezco de dinero... y que... lo confieso... estoy harto de la vida de casado... Vale más que cada uno tire por su lado, sin importunar mutuamente... Y lo que debes hacer es cuidarte... estás muy desmejorada...

El cínico pretendió alejarse... y ella le miraba..



—¿Por qué me has llamado?

como si no pudiera comprender la verdad ¿Era posible tanta maldad en un hombre? ¡Verse así, abandonada, en la miseria, después de haberle entregado a él todo su caudal... y no recibir ahora el menor auxilio por su parte!

Escuchóse un rumor en el cielo nocturno y Gerardo, tranquilamente, se asomó a la ventana.

—Nada — dijo indiferente—; es un avión explorador...

Y señaló con la mano el cielo negro... En uno de sus dedos lució una sortija de brillantes.

—Mi anillo — exclamó ella horrorizada—. Creí que lo habías vendido para pagar la cuenta del hotel...

—Pero lo recuperé, querida... ¡Como tú no me diste dinero!

—¿Te atreves a hablarme de dinero? ¡Tú, por quien yo me veo en la ruina, en la miseria! ¿Es que no tienes corazón, Gerardo? ¿Es que no te compadesces de mí? ¡Mírame, sin un céntimo! ¿Qué debo hacer? Ni dinero tengo para volver a América...

—Cálmate, mujer... Estas cosas me disgustan muchísimo — respondió él con el más vil de los cinismos—; debes evitar disgustarte; tal vez tu corazón no pueda soportar tus rudezas...

Y sin escuchar los violentos apóstrofes con que la pobre mujer recriminaba su conducta, abandonó el satabanco.

Al día siguiente, la desolada Julia se enteró de que el armisticio había sido proclamado. Ello significaba que su hijo volvería; no tardaría en tenerlo en sus brazos.

Y aunque se sentía enferma de muerte, quiso vivir aún, esperando la vuelta del hijo amado.

Pasaron unos días más. Y la señora Gory no podía ya soportar su indigencia. Su extrema debilidad perturbaba casi su razón, y una tarde, al contemplarse en el espejo, se vió tan envejecida, tan horriblemente fea, que no quiso que su Gid la viese.

Deseó morir, desaparecer para que a su vuelta Gid no se enterara de la trágica miseria en que había caído.

Cada vez más débil, más enferma, un día ya no

pudo levantarse de la cama... y unas horas después se extinguía dulcemente la llama pálida de su vida...

A la misma hora su hijo llegaba a París y se dirigía al Hotel Grillon, donde suponía seguía viviendo su madre.

Pero el conserje le entregó la tarjeta del nuevo domicilio de la señora: calle Blanca, 19.

Esta calle era una de las más pobres de París. Extraordinariamente sorprendido, Gid se encaminó hacia aquel lugar... ¿Cómo era posible que su madre viviese allí? ¿Qué había podido ocurrir durante su ausencia?

Y por otra parte pensaba en la tremenda sorpresa que experimentaría su madre al verle volver, envejecido y con el rostro casi desfigurado... ¡Nada quedaba en él del antiguo mozo arrogante y gallardo!

Al subir las escaleras de la casa de la calle Blanca no pudo reprimir su asombro. ¡Su madre en aquel ambiente de miseria! ¡Ella, la mujer criada entre sedas y perfumes, la dama nacida en un ambiente de distinción! ¿Qué podía significar aquel cambio?

Cuando llegó, encontróse ante la terrible tragedia... Su madre, incapaz de subsistir a la terrible miseria que la envolvía, había muerto, dolorida por la asfixia de la desilusión.

Y el muchacho, enloquecido, contempló y besó con horror el cuerpo de aquella pobre mujer sin voluntad, víctima de su marido... y quiso saber... averiguar por qué motivos ella habitaba en la buhardilla...

Recogió de labios de algunas vecinas fragmentos de la verdad. Julia había sido abandonada por su esposo... ¡El canalla de Gerardo!... Y sin protección ni amparo de nadie, la pobre mujer había tenido que descender hacia los abismos más terribles de la miseria.

¡Ah, miserable padrastro! Amenazador y violento, Gid se juraba encontrarlo y castigar su crimen... ¡Miserable... ladrón... de amor y de dinero!



Gid, unos días después, se dedicó a buscar trabajo. Vivía en la misma buhardilla donde su madre había muerto...

Pasaba el día solicitando colocación. Pero la crisis de los negocios era extrema y nadie le quería... Y una trágica desesperación comenzaba a invadirle, comprendiendo que no podría colocarse en ningún sitio.

¡Si pudiera marchar a América, ir al pueblo de Pleasanton, donde había transcurido su vida! Pero... ¡si le faltaba dinero hasta para las más apremiantes necesidades!..

Un día la patrona le advirtió :

—Señor Gory... tiene usted varios recibos pendientes...

Gid rió trágicamente... Dinero... dinero... ¿de dónde sacarlo?

—Señora — le contestó fríamente—, hoy no tengo nada pero mi porvenir está asegurado... No ocuparé más la buhardilla... quedará libre esta misma noche... Hoy comeré, beberé, me divertiré... y mañana estaré en la cárcel.

Y después de vestirse un elegante frac, lo único que le quedaba de los antiguos tiempos de esplendor, se dirigió al restorán "Maxim's".

No llevaba un céntimo en el bolsillo, pero ya todo le era igual... Comería espléndidamente y luego... lo meterían en la cárcel...

Fué a ocupar una de las mesitas y se hizo servir una cena espléndida. Vinos de las mejores marcas... manjares de calidad superior.

Reía con una gran risa irónica... Pensaba en el instante de pagar. ¿Habría mucho escándalo? ¿Le pegarían? ¿Cuánto tiempo tendría que pasar en la cárcel?...

En el centro del salón, el baile seguía animadísimo... Recordó entonces que en aquel mismo restorán había él danzado una vez con su madre. ¡Ay, la pobrecita... qué triste vida la suya!

Una cercana mesa estaba ocupada por varias damas. Una de ellas, llamando a un camarero dijo: —Quisiera bailar con aquel joven distinguido...

Le tomaba por un "gigolo" como aquellos otros que ocupaban otras mesas, siempre dispuestos a bailar a cambio de alguna buena gratificación.

—Bien... voy a decírselo... — respondió el criado. Y acercándose a Gid le comunicó:

—¿El señor está solo?... Quizá desearía bailar...

Y le señaló la mujercita que le miraba sonriente.

¿Bailar? Gid iba a negarse... pero se acordó de su especial situación. ¿Qué importaba todo si unas horas más tarde dormiría en un calabozo?... Sí... sí... bailaría... apuraría los últimos goces de la libertad.

Y levantándose se acercó a la dama y la invitó al baile.

Los dos comenzaron a bailar entre las innumerables parejas, y la mujer se sentía orgullosa de tener por pareja a aquel elegante profesional.

Después, cuando hubo terminado la danza, ella le dió la mano:

—Muchas gracias, señor.

Y depositó en ella un billete de cien francos.

Sorprendido, con el billete en la mano, sin comprender, Gid quiso llamar a su pareja para devolverle el dinero, pero ya ella había vuelto a la mesa.

¡Ay, aquel billete! ¿Por qué se lo habían dado? Y sin embargo era su salvación, el milagro que le permitiría pagar su cena...

Volvió extrañado a su mesa y se le acercó un elegante muchacho, un verdadero "gigolo" profesional.

—Qué ¿le han pagado bien? — le dijo con la amabilidad del compañerismo—. Un buen "gigolo" gana diez dólares por baile.

—¿Yo un "gigolo", yo?

Comprendía al fin. Acababan de tomarle por uno de aquellos elegantes mozos que cobraban por sacar a bailar a las muchachas. ¡Qué vergüenza, qué bajo había caído!...

—Usted es muy elegante — le dijo el otro "gigolo"—; aquí podrá hacer buen negocio...

Gid miró el billete que estrujaba entre sus manos, y obligado por la necesidad en que se hallaba ocultó sus escrúpulos y se dispuso al supremo goce de vivir...

Sí, sí... sería "gigolo", cualquier cosa... pero viviría... Quería vivir aún para castigar al hombre que había abandonado a su madre...

Y así pasó algún tiempo... Ahora Gid Gory era el "gigolo" favorito de "Maxim's". Vestido con elegante frac de color, daba exhibiciones de tango y todas las mujeres se lo disputaban para bailar con él.

Habiendo curado ya su desequilibrio nervioso que le hacía mover de vez en cuando la mejilla, ocultaba los estragos del tiempo, y aunque sus sienes blanqueaban tenía el especial encanto de los hombres en quienes se inicia la madurez.

*

**

Los Hubbel habían realizado un viaje a París... María, sin saber noticias de Gid, no había podido olvidarle nunca... Pensaba todavía en él, pero ya sin esperanza. Nunca se había vuelto a saber nada de aquella familia...

Cierta noche los Hubbel fueron al restorán "Maxim's". Desconocedores casi del francés, se vieron apurados para entender la minuta que les entregaron.

Todo les asombraba, a los americanos. Aquel lujo, aquel soberano espectáculo, aquellas mujeres... El señor Hubbel, que gustaba de comer cosas de nombres raros, vió escrita al fin de la lista la palabra "gigolos", y dijo tranquilamente:

—Tráigame tres "gigolos" que sean buenos y tengan mucha sal...

—Los "gigolos" no se comen — advirtió sonriente el camarero—: son hombres que bailan por dinero — ¡Caramba!

El criado les señaló a tres elegantes jóvenes que estaban en una mesa esperando que alguien quisiera utilizar sus servicios.

—Pues yo quiero bailar — dijo María, contagiada por el ambiente alegre.

—¿Con quién quiere bailar? ¿Con el "as" del tango? Espere hasta que vea cómo lo hace — advirtió el mozo.

Y miraron a un joven que en medio del salón danzaba con una distinción y una elegancia maravillosas.

De lejos, ella no le reconoció... y no era extra-

ño. ¿Quién podía pensar encontrarlo allí de bailarín profesional?

Luego, advertido por el mozo, uno de los "gigolos" fué a bailar con María, y la muchacha se mostró orgullosa de poder ir con una pareja tan apuesta y arrogante.

Gid bailaba con otra mujer... y pasó varias veces por cerca de su antigua novia sin verla.

Mas al terminar el baile y cuando hubo María pagado a su compañero, al dirigirse de nuevo hacia la mesa topóse con Gid.

Asombrada, pálida por la emoción, le gritó:

—¡Gid!

El retrocedió, sorprendido intensamente, sintiendo que todo su pasado volvía con sus penosos recuerdos... ¡María, allí! Y lo encontraba haciendo el bajo oficio de "gigolo", después de haberlo conocido en América con una profesión noble y elevada... ¡Oh, qué humillación!

—¡Gid! — volvió a suplicar ella.

Pero frío, impassible, él respondió:

—La señorita debe confundirme con alguien a quien conoce...

—¡Oh, no es posible!... Usted es Gid Gory... ¿por qué no quiere usted reconocerme?

—Yo soy simplemente un "gigolo", señorita...

—Oh, es usted Gid... no lo niegue... Gid, de Pleasanton...

Comenzó otro baile y ella le miró, anhelante...

—¿Bailemos, señorita? — preguntó él, con indiferencia.

—Sí... sí... pero Gid, ¿por qué hace usted esto?...

Danzaron; él, severo y correcto, aunque con el alma muerta... ¡Y aquella criatura que tenía en brazos, era todo su amor, todo su perdido amor!...

Callaron durante el baile, y al finalizar anduvieron por la sala hasta llegar cerca de un balcón. Ella volvió a suplicar insistente:

—No lo niegue usted... Yo le conozco... Está usted cambiado... pero usted es el mismo.



—...ya he dicho a la señorita que se ha equivocado.

No queriendo que le reconocieran en aquella situación, contestó con voz sombría y triste:

—Lo siento muchísimo, pero ya he dicho a la señorita que se ha equivocado.

—No puede ser...

Ella, entonces, dudando aún, alargó un billete como pago al baile... Pero él lo rechazó:

—No, señorita, guárdese... Como recuerdo de su equivocación...

Ella, llorosa y triste volvió a su puesto comunicando a los padres su sospecha. Oh, quería marchar de allí cuanto antes. Gid Gory era un "gigolo"; aquel hombre, aunque negaba, era el muchacho de Pleasanton.

Y los padres buscaron inútilmente entre la aglomeración al antiguo y buen amigo al que no habían visto más.

Gid, en un rincón de la sala acababa de descubrir en una de las mesas a un hombre, un enemigo mortal: Gerardo Blagdon.

Olvidó el encuentro con su antigua novia para contemplar a ese criminal que había dejado morir a su madre y sido causa de la perdición de todos.

Gerardo, incapaz de sentir el remordimiento, con el dinero miserablemente robado a su mujer gozaba de la gran vida en París. Rico, elegante, nada le faltaba.

Violento, Gid se acercó a él. Con los brazos cruzados, mirándole enfurecido, le gritó:

—¿Por qué dejó usted a mi madre?

Y comenzó a zarandearle por las solapas.

—Eh, ¿cómo se atreve usted? — dijo Gerardo, desagradablemente sorprendido al reconocerle.

—¡Infame! ¡Infame! ¡Por fin he dado con usted!

Los concurrentes se habían puesto en pie, extrañados por el insólito incidente. Acudió veloz el dueño del establecimiento a enterarse de lo que ocurría.

Gerardo, pálido, explicó:

—Este "gigolo" está beodo y me insulta; llévenselo.

—No, no estoy borracho — gritó Gid desprendiéndose de los brazos que pretendían sujetarle—. El

mató a mi madre... merece estar en presidio, es un criminal... un ladrón...

Gerardo, indignado por aquellas palabras se lanzó sobre él derribándole al suelo.

María Hubbel y sus padres, desolados, se disponían a salir...

Pero entonces, caído en tierra, Gid recordó haber



María Hubbel y sus padres...

visto brillar algo en un dedo de Gerardo: era una sortija; la de su madre, la de su pobre madre.

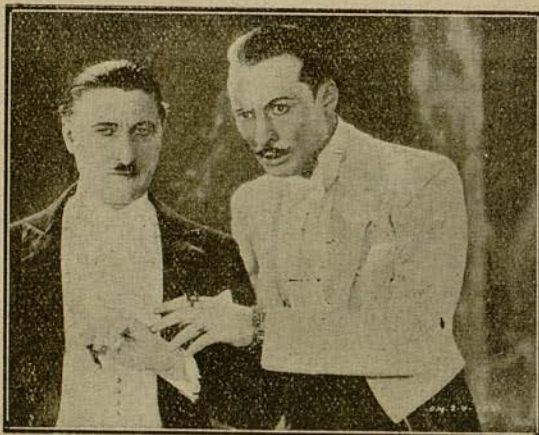
Alzóse otra vez, rechazando lejos de sí a los que pretendían detenerle:

—¡Ladrón... mil veces ladrón!... Déme el anillo que robó a mi madre...

Y cayendo de nuevo sobre él, con un esfuerzo

poderoso le quitó aquella sortija de brillantes y se la guardó.

Luego descargó un formidable puñetazo sobre el miserable que había arruinado la vida de su familia... ¡Ah, le hubiera dado muerte, le hubiera ahor-



—Deme el anillo que robó a mi madre...

cado entre sus manos feroces, si algo no le contuviera: una mujer que acababa de salir de allí, María, que iba con sus padres.

—Señoras y caballeros — gritó de pronto haciéndose paso entre la aglomeración—: perdonen ustedes... no quiero molestarles con una explicación. Este hombre me robó, arruinó mi vida... lo menos que puedo hacer es recuperar una parte de lo mío...

Y mostró a todos la sortija que brillaba como una estrella...

En la mesa, dolorido por los golpes, Gerardo aparecía anonadado...

Rechazando a los que pretendían detenerle salió de "Maxim's" y en el vestíbulo encontró aún a María y a sus padres que, disgustados por la extraña conducta de Gid, se retiraban al hotel.

—Perdonen... María... señor, señora Hubbel — balbució el desdichado—. Verles otra vez, ¡qué alegría! Ahora puedo hablar... ahora ya he castigado al hombre que tanto mal me hizo...

—Hijo mío — le dijo el viejo, eternecido—; ven al hotel, acompáñanos. ¿Quién iba a pensar encontrarte?

—Tengo que contarles muchas cosas... mi tragedia... mi vida... todo horrible. María... le pido perdón por haberme negado antes. No podía...

Subieron a un coche. Y los ojos de María se clavaban silenciosos en su Gid con una infinita emoción perdonando, reidores como una promesa de vida...

Unos días después, los Hubbel y Gid marcharon a América. Y en Pleasanton, fiel a la tradición de los suyos, Gid se acogió de nuevo al trabajo regenerador que le conduciría al amor soñado...

Había comenzado un pequeño negocio con dinero del viejo Hubbel, pero pronto se enriquecería otra vez.

Y entretanto tenía lo mejor. Olvidándolo todos, María le quería y le ofrendaba su corazón...

F I N

PRÓXIMO NÚMERO:

LAS DE MÉNDEZ

por **CARMEN VIANCE**

Postal-fotografía regalo: **CAROL DEMPSTER**

La Novela Semanal Cinematográfica
sale todos los miércoles. *Precio: 25 cts.*
SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS

Al éxito de

CASANOVA
EL GALANTE AVENTURERO

seguirá el de

HOTEL IMPERIAL
Creación de **POLA NEGRI**

EDICIONES ESPECIALES DE
La Novela Semanal Cinematográfica

La mejor biblioteca de novelas en catalán:

Col·lecció **EL NOSTRE COR**

Han aparecido hasta la fecha:

AMOROSA, de Rodolf Bringer y

IDEAL, de Shéridan

Próximo número:

PETIT COR EN PENA,
de Magog